

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 260.

Alicante 20 de Noviembre de 1875.

Año VI.

IMPORTANCIA DEL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD.

I.

Si quisiéramos recojernos por algunos momentos dentro de nosotros mismos para descifrar los gustos y las inclinaciones mas profundas de nuestra naturaleza, descubriríamos fácilmente que hemos sido formados para la verdad, y que á nuestro pesar nos vemos impelidos á mirar como una extravagancia ese pirronismo universal, que nada reconoce falso ni verdadero, y aparenta no ver mas que incertidumbres. Nosotros experimentamos dentro de nosotros mismos que nuestro ser nos arrastra por su misma naturaleza hácia la verdad, como el centro de nuestros deseos y de nuestras afecciones; que nuestro entendimiento solo vive para ella, y que solo tomando sus rasgos ó sus colores puede agradarnos ó movernos la mentira. Nuestro entendimiento está tan sediento de verdad, como nuestro corazon de felicidad, y nos es tan imposible desprendernos del amor de lo verdadero como del amor de uno mismo: la inteligencia, pues, que es el dote de nuestra naturaleza, nos ha sido dada para ver, para conocer y distinguir los objetos, para

discernir lo que es de lo que no es, á saber, la verdad del error; y esto, solo esto es lo que nos constituye racionales, y nos hace sentir una inquietud vaga que solo se fija en la posesion de la verdad ó de lo que nos parece tal.

Observemos como brilla el amor de lo verdadero en todas las edades y en todos los estados. ¿De dónde proviene en los niños aquella curiosidad que les es tan natural, aquella ansia por saber y aquella afición viva y ardiente á aprender lo que ignoran? ¿De dónde en los hombres tanto horror á los caracteres falsos y á los corazones dobles, en términos de ser tenidos el hipócrita y el embustero por los mas viles y despreciables de todos los viciosos? ¿Por qué esa lucha tan esforzada del entendimiento contra las tinieblas de la ignorancia, tanto empeño en disiparla y gozar de la luz en todo su brillo? ¿Qué se propone el sábio en sus penosas vigiliass, el viajero en sus lejanas correrías, el naturalista en sus observaciones, el político en sus meditaciones, el magistrado en la concordancia de las leyes y en la discusion de los hechos? Todos aspiran á conocer lo que tiene una existencia real para afirmarlo y enseñarlo á sus semejantes, todos buscan la verdad: aun los sofistas mas osados han querido pasar por amigos de ella, y hasta

los mismos ateos se dicen propagadores de la verdadera luz, bien seguros de desacreditar sus sistemas si los anunciaran por lo que son en la realidad, es decir, por el delirio de engañosas pasiones.

Y si hemos sido formados para la verdad, ¿será posible que carezcamos de algún medio para conocerla? ¿Y al criarnos la naturaleza para un fin, nos habrá reducido á la imposibilidad de conseguirlo, señalándonos el término á que nos debemos dirigir, para poner entre él y nosotros obstáculos insuperables? En este caso su obra sería en efecto monstruosa. Y así como nadie creería que la especie humana ha sido formada para ver la luz y para comunicar sus pensamientos por medio de la palabra, si fuese ciega ó muda, del mismo modo se tendría por increíble que la naturaleza humana esté como formada para la verdad, si careciese de los medios para conocerla.

No necesitamos mas que esta sola observacion para persuadirnos de que, á lo menos en muchas cosas, el entendimiento no está condenado á vagar de conjetura en conjetura, ni á fluctuar en el vacío de las probabilidades y en la incertidumbre; y podemos desde luego asegurar que los ratiocinios del escéptico sobre la absoluta nulidad de la razon humana, son tan solo declamaciones retóricas y sutilezas de sofistas.

Alguna vez ocurre preguntarnos á nosotros mismos qué sea la verdad, y consiguientemente deseamos y procuramos conocerla. La verdad en general, considerada en sí misma, es aquello que existe, como la mentira es aquello que no existe: por consiguiente, lo verdadero

es todo aquello que tiene una existencia actual ó posible, y lo falso todo aquello que no existe ni puede existir. Considerada la verdad en nosotros mismos, en cuanto que nos está presente y nuestro entendimiento la percibe, consiste en el conocimiento de aquello que existe; de modo que si afirmamos lo que realmente existe, y negamos lo que no existe, indudablemente acertamos con ella, y en el caso contrario caemos en el error. La verdad, pues, es una cosa efectiva, y la mentira una quimera; de modo que la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, el ser y la nada, no son mas opuestos entre si que la verdad y el error.

Pero todas las verdades no son de un mismo orden, ni brillan todas con el mismo grado de luz: y bajo el supuesto de que algunas nos sean menos perceptibles que otras, ¿por qué medios podremos llegar á su conocimiento? De aqui nacen las dos cuestiones que nos proponemos discutir, á saber: la necesidad de admitir y reconocer verdades primeras y otras deducidas de estas, designando los caracteres de las unas, y buscando los medios de conocer las otras.

Procuraremos desterrar de nuestro lenguaje cuanto pudiera molestar sin ilustrar, pues además de ser la oscuridad perjudicial para todo, de ningún modo es permitida en esta clase de trabajos dirigidos á ilustrar el entendimiento en materias de tanta importancia. También creemos de nuestro deber evitar en este estudio puramente filosófico los términos científicos, que, sin ser la ciencia misma, son un fuerte obstáculo á la generalidad de las personas para la verdadera inteligencia de las cosas.

Desde que el hombre principió á filosofar, es decir, á darse á si propio cuenta de si mismo, aparecieron talentos dotados de tal penetracion y sagacidad, que se ocuparon de formar una teoria completa del alma y de sus facultades, del origen de nuestras ideas y de los principios mas recónditos del raciocinio. Bajaron en cierto modo hasta los abismos de la inteligencia, para sorprenderla en sus operaciones mas secretas, y llegar hasta la misma raiz de nuestros conocimientos, á la manera de los sabios que registran las entrañas de la tierra, á fin de descubrir de qué modo se forman en ellas los metales y cómo alimenta las plantas que brotan de su seno; pero la naturaleza inteligente, del mismo modo que la naturaleza material, ha ocultado sus misterios con un velo de bronce que jamás levantará enteramente la mano del hombre. Mas si por desgracia la razon humana tiene ciertos límites, nuestra curiosidad carece de ellos, y de aquí provienen tantos y tan multiplicados esfuerzos para salvar barreras insuperables á nuestra debilidad, y los muchos extravíos que han sido con desgraciada frecuencia el fruto de la audacia.

La historia de la filosofia solo nos presenta una série de sistemas diversos, ó, por mejor decir, opuestos entre si, que han reinado sucesivamente en las escuelas, y el hombre ha recorrido una cadena de errores, de la que un extremo termina en el materialismo y el otro en el idealismo. El primero anonada el alma, y sin ver en el hombre mas que sus órganos, quiere que solo sea una máquina más en el mecanismo inmenso del universo; y el segundo, no dando subsis-

tencia mas que al alma, destruye el mundo material, haciendo de él un cuadro imaginario de fenómenos y de apariencias. Entre estos dos extremos se encuentran sistemas mas ó menos plausibles.

Nuestro deber no es adoptar los unos, ni combatir los otros. Hemos creído mas útil exponer las doctrinas que parece deben reconocer todos los entendimientos y profesar todas las escuelas para no engolfarnos en mil quimeras.

Cada uno de los seres que componen este universo tiene su naturaleza peculiar y sus atributos constituyentes por los cuales existe, y sin los que ni aun es posible concebirle. Tan imaginaria es la existencia universal como la virtud universal; aquella solo es efectiva en el individuo que existe, así como esta lo es únicamente en el hombre virtuoso, de modo que solo los individuos tienen una existencia real, que resulta de la reunion de sus cualidades esenciales. Hay ciertamente alguna cosa que constituye los seres tales como son, y hace que un hombre sea un hombre, que una planta sea una planta y que el mármol sea mármol; de modo que si solo tomásemos del hombre su cuerpo, nos resultaria cuando más un animal, y si solo tomásemos su alma, tendríamos un espíritu puro, un ángel; para tener, pues, un hombre, es preciso suponer una criatura racional compuesta de un cuerpo y de un alma, unidos entre si por medio de lazos misteriosos é inesplicables, pero no menos reales y efectivos.

No tratamos de considerarnos en un estado distinto del que tenemos, ni en un orden de cosas diferente del en que vivimos. Tampoco intentamos indagar

cuáles serian nuestras afecciones si tuviésemos un sexto sentido ó si naciésemos mas perfectos. Somos hombres, y no podemos sentir, ver ni raciocinar como si no lo fuésemos, pues los caractéres distintivos de nuestra naturaleza no dependen de nosotros. El hombre no ha creado su inteligencia ni su cuerpo: podrá muy bien perfeccionar su inteligencia por medio del estudio, la reflexion y la experiencia, asi como puede fortificar su cuerpo con el ejercicio y un régimen saludable; pero como él no ha formado su entendimiento, trazado ni ejecutado su plan como el de un edificio que fuese obra suya, tan imposible le es añadir á su alma una facultad mas, como aumentar un ojo á su rostro: consideremos, por consiguiente, al hombre en su condicion de hombre, y veamos el resultado de este exámen, del cual nos ocuparemos en los próximos artículos.

EXPOSICION

dirigida á S. M. por el Ilmo. Sr. Obispo de Coria, sobre la unidad religiosa.

Señor: Ardua tarea tendría que emprender el Obispo que suscribe, si al abordar una cuestion que inconsideradamente pretende suscitarse en estos dias, tuviese que dirigir su palabra á un monarca extranjero; mas al elevarla hasta el trono de un rey español, por cuyas venas circula la sangre de los Recaderos, Fernandos, Alfonsos, Isabeles, Felipes y Cárlos, puros y netos españoles, el sim-

ple hecho de proponerla es encontrarla resuelta en favor de lo que demanda el suplicante.

Inconsideradamente, dije, se pretendia suscitar una cuestion, aludiendo á la cuestion de unidad religiosa, que se quiere poner en duda, como si en ese asunto los hechos pudiesen dar lugar á ella. Porque ¿qué español ignora que la unidad nacional fué hija de la unidad religiosa? ¿Quién de los reyes que por espacio de doce siglos trascurridos desde que se hicieron sinónimas las palabras de unidad religiosa y unidad nacional, no reputó por la joya mas preciosa de su corona esta sinónima unidad? ¿Quién de entre ellos intentó romper la cadena misteriosa que le ligaba en esa unidad con sus antecesores? O más bien, ¿quién de entre ellos sospechó siquiera que alguno de sus sucesores intentase romperla? Y si en el reinado de vuestra augusta madre hubo algunos que intentaron se rompieran en sus reales manos los eslabones de aquella, hubieron de retroceder conociendo por esperiencia que por sus venas corria todavia la sangre de sus inclitos progenitores.

¿Quién, pues, pretendió romper esa brillante cadena tradicional de doce siglos? ¿Fué un monarca español? Nadie se atreverá á decirlo. ¿Fueron los españoles? Creo que sin temor de errar puede afirmarse que ninguno de ellos puso su mano en tal obra. ¿Pues quién la rompió? Me atrevo á sospechar que fué el hombre extranjero, y acaso en él se incubó, y con el oro de él se hizo fecundo el engendro revolucionario, que seduciendo á algunos incautos les hizo despues víctimas de penosos y crueles de-

sengaños, que ¡ojalá les sirvan de sábia leccion y escarmiento!

Hay aquí, como sucederá tambien en otros países, algunos pocos, poquisimos por nuestra dicha, que enamorados de la matrona extranjera, prendados de las riquezas, de los halagos y boato de ella, y seducidos por el trato que han tenido más frecuente con ella que con su madre pátria, han olvidado y hasta repudiado á esta por gozar de la molicie y de los encantos de la extraña; empero todos los demás (que son un millon respecto á cien), y que conservan una sola gota de sangre española en sus venas, no cambiarían á su madre, aunque la vieran tosca, fea, pobre y desvalida, por otra, aunque fuese el tipo de la hermosura y la opulencia; pues todavía están vivos en el corazon español aquel entusiasmo é inquebrantable *No importa*, con que lucharon en principios del siglo para defender el decoro, el honor y la dignidad de su madre, de su Religion y de su rey, ultrajada por el coloso del siglo, que sucumbió en nuestro suelo, herido por la mano de la potencia acaso más pobre, más débil y ménos militar de Europa.

¿Quién, pues, introdujo en nuestra pátria esa faláz cláusula de libertad de cultos rompiendo la unidad de doce siglos? Una revolucion que desde el mismo momento en que apareció hizo girones la unidad de la madre pátria, que interrumpió la sucesion de sus monarcas, que conculcó todos los derechos, creando uno para su uso particular, que pretendió por espacio de seis años arrancar de los pechos españoles sus seculares convicciones religiosas, y se esforzó y usó de todos los medios para desterrar de nuestra pá-

tria el culto del verdadero Dios, bajo la taimada fórmula de libertad de cultos que introdujo nuevamente en nuestro lenguaje, y que no significa otra cosa sino la abolicion de todo culto, puesto que no habiendo conseguido ni con sus recursos, ni con sus esfuerzos, implantar los que deseaba, el proclamar la libertad de cultos equivalía á fabricar las esposas y cadenas con que pudiera esclavizarse al único que existía, como efectivamente sucedió.

Y la que conculcó todos los derechos de *doce siglos*, ¿osaría presentarse demandando amparo y respeto para el que ella habia forjado para su exclusivo servicio? ¿La misma que derrocó el trono intentaría guarecerse bajo el manto, el cetro y la corona de la monarquía católica, y llegaría á tal grado su audacia que pretendiera sostener y conservar el derecho de volver por segunda vez á sepultar con más seguridad en el polvo del olvido al trono y con él la unidad religiosa y de la pátria, acabando de arruinar en ella lo poco que ha dejado en pié á su paso? ¡Oh, no permita el Señor que seamos testigos de tan desastrosa y horrenda catástrofe! Porque es una verdad ineludible confirmada por la experiencia de seis años memorables, que la monarquía católica, la unidad religiosa y de la pátria son una sola y única cosa en España.

En prueba de este aserto me atrevería á rogar, que aun á riesgo de sufrir profunda pena, recordase V. M. lo que acontecia en el mes de Diciembre pasado, y que dirigiendo su mirada á las monedas, al ejército, á los ministerios y á todos los establecimientos políticos nacionales, buscasse con perspicaz ojo la corona, emble-

ma de la monarquía, y estoy seguro que no la encontraría en ninguno de esos sitios. ¿En dónde, pues, se hallaría? En las iglesias, en los Cabildos y en todas las asociaciones y establecimientos católicos, en cuyo sagrado asilo no osaron penetrar las iras del enemigo, pues se hallaba protegida por la cruz que la servía de remate y que era su custodia omnipotente. Porque conviene que entienda V. M. que esa cruz que está sobre la corona, como el orden exige que lo divino sea y esté á mayor altura que lo natural y humano, no está sobre ella para subyugarla y ponerla en vil esclavitud, como acaso pretendan persuadir á V. M. los enemigos del trono, sino para protegerla y ampararla, para ser su custodia en el día del peligro y la persecucion, y para adornarla con sus fulgores en el día del triunfo y de la gloria.

Empero si la corona yacia despreciada, ¿era ménos afflictivo y humillante el estado en que se hallaba la Religion de los españoles? ¡Ah! en el mismo acto que la revolucion echó á rodar por el suelo la corona, tuvo principio la guerra contra ella y se comenzaron á fulminar rayos de exterminio contra todas sus instituciones. ¿Y qué no diremos de la unidad de la pátria? ¿En cuántos girones no se dividió? Cada ciudad, cada pueblo, cada aldea, cada hombre llevó su pedazo, y ha llegado á tal altura la division y subdivision, que raya en lo innumerable é infinito.

¿No significarán nada esas coincidencias para el hombre pensador? ¿Sería casual que rota una unidad, quedasen las demás desmenuzadas? ¡Ah señor! los hechos son elocuentísimos, y no pueden

ser desvirtuados, ni por la retórica, ni por el sofisma, ni por la tergiversacion; y esos hechos, dolorosamente experimentados, demuestran que nunca puede tocarse impunemente á una unidad en España, sin exponerse á herir mortalmente á las demás.

La alta penetracion de V. M., su grande instruccion en la historia de la pátria, y lo que es más, una penosa experiencia, me relevan de manifestar todas aquellas consecuencias, que el gran talento de V. M. habrá de deducir con más acierto.

No ignoro, señor, el especioso argumento patrocinado por los que piden la libertad de cultos cuando dicen que España no ha de imponer la ley á todas las naciones, y que existiendo en ellas la libertad de cultos como una ley aceptada por todas, nosotros no podemos menos de aceptarla y proclamarla, so pena de ponernos en abierta lucha con aquellas, y hasta alguno ha dicho oficialmente, sin duda en este concepto, que esa era una ley internacional. ¡Ay señor! el rubor colorea las mejillas; el corazon se subleva al escuchar tales palabras, que por honor de nuestra pátria hubiese sido de desear que no se hubiesen articulado por los labios españoles.

España, la noble, la heróica España, nunca pretendió dar la ley ni imponer su modo de ser á otras naciones, pero tampoco consintió ántes, ni puede, ni debe consentir en adelante, que aquellas le impongan la suyas, cambiando su característico modo de ser, lo cual, además de ser tiránico é injusto, seria imposible, como la razon y la experiencia acreditan. Van ya pasados más de sesenta años que

se ha ensayado gobernar en España una vez al uso francés, otra al modo inglés, otra á la manera alemana, y qué se yo qué más, y lo que se ha conseguido ha sido que ni aun con las leyes y usos españoles es ya posible gobernar: y es tal el desconcierto que esas fatales imitaciones han introducido entre nosotros, que algunos hombres políticos, propios y extraños, se han atrevido á decir que los españoles son *ingobernables*. Se ha introducido en España todo lo que habia de malo en el extranjero, y se ha inficionado con esa levadura todo lo que en ella y su legislacion habia de bueno. Y ¿cuál ha sido el resultado? Que esta gran potencia, que cuando conservó su independencia y fué gobernada con leyes propias, y que acaso estaban en oposicion con las extrañas, ocupó siempre un lugar digno y preferente en los Consejos europeos, lo ha perdido desde que sometiéndose á mutaciones extrañas, con la division introducida por estas, se ha hecho impotente para influir en aquellos.

Empero, hablando con ingenuidad, yo creo que aquel argumento se ha buscado solo *ad terrorem* y para engañar á los incautos, y creo, además, que en el solo hecho de proferirle se ha inferido una gran ofensa á las demás naciones, que le rechazaron con justa indignacion, pues si ellas legislan y viven al uso de su patria porque la conocen, su noble espíritu de rectitud y de justicia las compele á desear que nosotros legislemos y vivamos al uso de la nuestra porque la conocemos; porque es indisputable que así como, dicen los médicos, en lo físico hay sus *idiosincrasias*, así tambien las hay indudablemente en lo moral, y la del pueblo

español es propia, peculiar y exclusivamente suya, y como tal hay que tratarla.

Otro sofisma falaz por reticencia encarna aquel argumento. Supónese en él que todos los habitantes de naciones extranjeras están conformes y muy contentos con la libertad de cultos. Esto es falso, falsísimo, pues hay en ellas tantos ó más católicos que protestantes y de otras sectas, y aquellos católicos como los españoles no quieren, no piden, no buscan sino la unidad religiosa: acatan como buenos y fieles súbditos una ley que con pena hallaron establecida por las circunstancias extraordinarias y locales de aquellos países; mas desean, buscan y piden con todo su corazón la unidad religiosa que envidian á España. ¡Oh, cuánto darían los protestantes porque pudiese establecerse entre ellos una unidad semejante! como ellos mismos públicamente lo han expresado en sus Parlamentos, pues conocen á fondo aquella regla natural de que la unidad engendra la fuerza, como la division acarrea sin remedio la debilidad, cuya regla parece que ignoran los que abogan porque entre nosotros se establezca la division.

Facilísimo sería refutar victoriosamente otros argumentos aducidos en favor de la division religiosa, con solo poner en claro la falacia y sofismas en que se apoyan, si no temiese abusar demasiado de la atencion de V. M., por lo cual, para terminar, bastará reducir á breves términos la cuestion.

¿Es un bien para España la libertad de cultos? Nadie se atreverá á asegurar que sea bueno por agradar á ciento, imponer lo que rechaza un millon. ¿Es la libertad de cultos un elemento de union

para los españoles? El ensayo últimamente verificado testifica elocuentemente que no hay medio más á propósito para dividirles. ¿Es posible cambiar por una simple ley en un día, en un año, en un siglo, el modo de ser de todo un pueblo, confirmado por la dilatadísima costumbre de doce siglos, y que sin duda tiene origen en el temperamento y carácter especial del mismo? El génio y figura, dice un proverbio vulgar, sigue hasta la sepultura, y yerran lastimosamente los políticos cuando creen que ó no existen sentimientos y convicciones en el pueblo, ó que estas pueden modificarse y cambiarse al antojo ó segun convenga á los cálculos de ellos. Hay sentimientos y convicciones en el pueblo verdadero instintivas, arraigadas, profundas, constantes, hasta tal punto, que no es posible verificar mudanza en ellas con aquella facilidad con que se cambian á cada nuevo suceso las políticas.

Se puede, pues, asegurar, que la libertad de cultos no traerá ningun bien á España, y puede producir, y producirá sin remedio, una plaga de incalculables males y un semillero de intestinas discordias, cuya sola posibilidad está en el deber de evitar todo el que de prudente y justo quiera precíarse.

Seria, señor, en extremo doloroso que al exponer mis convicciones en el lenguaje claro, franco, sincero y propio de la tierra de Castilla la Vieja en que nací, fuese aquel equivocadamente interpretado como efecto de ódios, animosidades ó prevenciones que abrigaba mi corazón contra alguno de los hijos de nuestra pátria, cuando mi deseo ha sido solamente el de combatir infaustos erro-

res pasados que sembraron la division entre nosotros. Amo con extremo á mi patria y á todos sus hijos, y siento en el alma y deploro amargamente las desdichas que tales errores produjeron, y sentiria aun más que otra funesta equivocacion contribuyese á fomentar tan fatal division, única causa de todas las desgracias é infortunios de la pátria. Mi vehemente deseo es, que amaestrados todos con las duras lecciones de la experiencia, sacrificadas generosamente en aras del amor pátrio apasionadas exigencias, y reconociendo y rectificando cada uno errores anteriores, se uniesen todos los españoles en fraternal abrazo, á fin de devolver á la pátria, por medio de esa intima union, la paz, la gloria y el poder que en tiempos anteriores disfrutó y de cuyos bienes se ve hoy despojada por efecto de tan deplorables divisiones.

Aqui debiera poner fin á su razonamiento en favor de la unidad católica el que suscribe, si solo tuviese la cualidad de español; mas ejerciendo, aunque sin méritos, un alto y sagrado ministerio en la Iglesia católica, creeria el obispo faltar á uno de sus mas principales deberes, si sellase sus labios con un tímido silencio, cuando se agita una cuestion que es de infinita trascendencia para la fe, la verdad y la moral católica; y bajo ese concepto no duda que V. M. le dispensará la bondadosa indulgencia de escuchar las razones de carácter mas elevado, si bien expuestas con suma concision, que militan en favor de la unidad religiosa.

Los católicos de todo el mundo, en completa unanimidad con su cabeza, con los Concilios y con los Obispos, han juz-

gado siempre que la libertad de cultos es un inmenso mal, porque está precisamente en oposicion con los principios fundamentales de la Religion católica, cuya mision en la tierra es la de reducir á todos los hombres á la unidad de la inteligencia por el conocimiento de la verdad eterna, y á todos los corazones por medio del amor, servicio, adoracion y culto al único Dios verdadero, para venir á cumplir por ese medio lo que el mismo Jesucristo rogaba á su Padre cuando decia: *Que sean todos una cosa, como somos nosotros tambien una cosa, para que haya un solo aprisco con un Pastor: unum ovile et unus Pastor.*

Esta divina promesa no se ha cumplido hasta ahora, pero se cumplirá infaliblemente en el dia señalado en los consejos de la Eterna Sabiduria; y, en el interin, es la mision de la Iglesia luchar y combatir sin descanso en favor de esa unidad, y por eso lleva el título de militante la que existe en la tierra.

No puede ponerse en duda que la lucha consiste en que existen en la tierra aquellos dos señores de que hablaba Jesucristo á sus discípulos: la verdad y el error ó mentira, la virtud y el vicio, ó, lo que es equivalente, la verdad en la inteligencia y el sentimiento, ó el error y mentira en una y otro, y que cada uno de esos señores tiene sus servidores, que luchan y combaten por obtener respectivamente la victoria; así como tambien es indudable verdad que no es posible que una misma inteligencia sirva á la verdad y al error ó mentira, pues el ponerse al servicio de ésta es haber desertado de la verdad, así como el acceder á las exigencias del vicio equivale á haber

perdido la virtud. No hay tregua ni medios de avenencia entre esos dos extremos: y aunque es verdad que el hombre es libre para elegir entre los dos, lo es tambien que no puede menos de elegir uno, y que el militar en un campo es declarar la guerra al contrario: por eso decia Jesucristo, *que el que no estaba con él estaba en contra suya, y el que no congregaba y reunia con él desparramaba y dividia*; y, en consecuencia de esta máxima, el admitir la Iglesia como principio la libertad de cultos, seria abandonar la unidad de la verdad para inscribirse en la multiplicidad del error.

Mas, ¿no podia presumirse por alguno que la imposibilidad de acceder la Iglesia á ese principio no provenia de la oposicion fundamental en que se hallaba con el suyo, sino que estaba únicamente basada en el temor de que la concurrencia de otros cultos diese por resultado la extincion del católico, y, por consiguiente, de la verdad divina en que se funda?

La Iglesia católica, que conserva la palabra y promesa divina é infalible de que todos los conatos y esfuerzos infernales no prevalecerán contra la verdad que ella sostiene; que ve que tal promesa está confirmada y cumplida en la dilatada série de diez y nueve siglos, ¿habia de atemorizarse por los conatos y esfuerzos que hiciese en contra de ella el hombre débil, frágil, mortal, ya sea éste ó se titule filósofo, político ó guerrero? ¡Ah! ¡Ese es un absurdo nécio é inconcebible!

La Iglesia católica, doctora y maestra de la verdad, es ¡á la vez madre de los que engendra para esta, y en ese concepto tiene el deber natural, instintivo, de evitar todo lo que pudiera perjudicar á

sus hijos. Ella sabe que entre la inmensa muchedumbre de los que recoge en su seno, no todos tienen iguales dotes de talento y la perspicacia necesaria para penetrar las sinuosidades y sofismas del error, ni la conveniente rectitud de corazón y sentimiento para resistir á los halagos y seducciones del vicio; sabe, por el contrario, que hay muchos entre ellos flacos de inteligencia y débiles de corazón, y no cumpliría con sus maternales instintos si no procurase alejar de la presencia de estos todo lo que pudiera servir de motivo de tentación por la flaqueza y debilidad de que adolecen, exponiéndoles á una desdicha presente y una infelicidad eterna. Saben también por boca de su divino fundador *que es de necesidad que haya en el mundo escándalos*, es decir, piedras de tropiezo para los pequeños y débiles, y quiere evitar por su parte ser comprendida en aquel tremendo *¡Ay de aquel por quien viniese el escándalo!* que fué fulminado por la boca del mismo Dios. Como doctora y maestra enseña la verdad y combate el error, y como tierna madre está siempre en vela para evitar cuanto pueda causar algún daño á sus hijos.

Si no tuviese el íntimo convencimiento de la poderosa influencia que está llamada á ejercer sobre los futuros destinos de España la oportuna solución que propongo para la cuestión que se agita, no hubiese fatigado por tanto tiempo la atención de V. M.; mas siendo español y siendo Obispo, no he dudado que debía exponer cuanto creo conveniente para la paz, unión y tranquilidad de nuestra patria, el bien de la Iglesia y la gloria de Dios; y creo firmemente que uno de los

hechos más gloriosos que habrá de consignar la historia del reinado de V. M., será el de haber conservado ileso la tradicional unidad religiosa; que á no dudarlo habrá de ser una garantía segura de la unidad de la patria y de la estabilidad y firmeza de la monarquía.

Nuestro Señor conserve dilatados años la vida de V. M. para el buen servicio de Dios y bien de la monarquía española.

Coria y Julio 4 de 1875. — Señor:
A L. R. P. de V. M. — FRAY PEDRO,
Obispo de Coria.

CRÓNICA RELIGIOSA.

ROMA. — Después del viaje que hizo á Europa el shah de Pérsia, deseoso el Soberano Pontífice de asegurar la plena libertad de conciencia á los católicos sometidos al monarca persa, le envió, por medio de monseñor Agustín Cluzel, arzobispo de Heraclea, una carta autógrafa y magníficos presentes. Vivamente conmovido por este testimonio de benevolencia y amistad, su majestad imperial dió órdenes para que los católicos disfruten de eficaz protección y libertad completa en toda la extensión de su imperio. Y para manifestar su satisfacción directamente al Soberano Pontífice, le ha dirigido una carta autógrafa, y ha dispuesto que se la presentara su ministro plenipotenciario en Paris, el general Nazar-Agá, que con este objeto ha venido expresamente á Roma, y ha sido recibido el 8 del corriente por el Padre Santo en audiencia solemne.

Hé aquí este documento:

«A Su Santidad muy venerada y muy

ilustre, el Papa, revestido de carácter de Mesías, elevado como los habitantes del mundo celeste: ¡El Señor lo asista con su gracia!

«Ha llegado á nos, que estamos animados de sentimientos de verdadera amistad, la carta veneranda y amistosa de Vuestra Santidad, varon de virtudes angélicas, carta que nos ha sido entregada por su eminencia el reverendísimo Agustín, Arzobispo de Heraclea, juntamente con vuestros dones, amadas y preciosas prendas y nobilísimos recuerdos, destinados á ser para nos motivo de creciente afecto. A fin de dar á conocer más particularmente en cuánta consideración y estima tenemos la carta y los dones de Vuestra Santidad, así como también á la persona del Arzobispo Agustín, hemos querido recibirlos personalmente, y á presencia de todos hemos hablado, como convenia, de la amistad y del afecto de Vuestra Santidad hácia nos.

«Además, al dirigiros esta carta, hemos creído necesario participaros nuestra cordial alegría y nuestra íntima satisfacción por esta prueba de amistad y sincero afecto dada por Vuestra Santidad; y al mismo tiempo os aseguramos que, conforme á los deseos expresados amigablemente por Vuestra Santidad, los delegados de la Comunion católica, como también todos los individuos de esta Comunion, han sido y continuarán siendo objeto de benevolencia, y serán, por decirlo así, privilegiados despues de los ministros de nuestro alto imperio: en una palabra, gozarán de todas las consideraciones, y de la protección de las leyes. Y á fin de asegurar estos beneficios, establecidas las presentes relaciones, por Nos tan viva-

mente deseadas, hemos promulgado y enviado á los gobernadores de las provincias órdenes formales, mandando que los católicos sean protegidos, y que sean respetados sus derechos y su libertad en lo que concierne á su creencia religiosa.

«Y en efecto. Nos consideramos á los individuos de la Comunion católica, súbditos del imperio persa, como un depósito confiado á nuestra guarda por Vuestra Santidad, y, como es natural, nos encargamos con especial cuidado de velar por este depósito, porque consideramos á Vuestra Persona como la más grande entre los discípulos del Mesías (¡salud á El!); y por esto mismo digna de veneración.

«Conociendo la pureza de vuestro corazón, Nos deseamos que no nos olvideis en vuestras oraciones, y que de hoy para siempre continúen nuestras relaciones con Vuestra Santidad.

«Escrito en nuestro real palacio de Teheran, en el mes de Ribi-vud-Sami 1292 (Mayo de 1875.)»

Siguen los sellos y la firma de S. M. I. el shah.

Este lenguaje tan noble y afectuoso hace ver que, en punto á veneración hácia el Vicario de Jesucristo, el monarca persa puede superar á más de uno de nuestros soberanos bautizados. Obsérvese especialmente con qué propiedad de expresión reconoce que los católicos son un *depósito* confiado á su guarda por el Jefe supremo de la Iglesia. ¡Cuántos entre nosotros desconocen la santidad de ese depósito!

En este mismo momento vemos á los Gobiernos de Italia y Alemania, representados en Milan por los soberanos de

estas dos naciones, concertarse acerca de los medios más á propósito para despojar de sus últimas libertades á los católicos. Desde que Bismark ha abierto á nuestros subalpinos las puertas de Roma, y desde que el canciller tudesco necesita del Gobierno italiano, y quiere servirse de él como de un ejecutor de sus obras, los destinos de Italia están unidos fatalmente á los de Alemania. El señor de Varzin y los hombres del Quirinal han querido entenderse para entregar al Justo, y se han hecho amigos: *Et facti sunt amici* (Herodes et Pilatus) *in illa die*. Hay, sin embargo, alguna divergencia acerca de los medios prácticos que deben emplearse para *herir en el corazón al Catolicismo*, según la expresión oficial de Visconti-Venosta, ministro italiano de Negocios extranjeros. Pilatos no es Herodes. Los hijos de Machiavelo no usan los mismos procedimientos que los de Barbaroja. Débiles, y dependientes en todo de extranjero predominio, aquellos quieren ir oprimiendo la Iglesia lentamente y con refinada malicia, mientras que éstos, por lo contrario, quisieran más bien asestar grandes golpes y llegar en poco tiempo hasta la ferocidad. De ahí las tergiversaciones de los subalpinos y las impacencias del terrible canciller.

Alguno ha pretendido ver un síntoma de ruptura en la ausencia del príncipe de Bismark en la entrevista de Milan. No hay nada de eso. El príncipe quiere obtenerlo todo de Italia, sin prometerle él cosa alguna. Si no ha acompañado á su emperador á la capital de Lombardía, á pesar de todas las conveniencias y de todas las reglas constitucionales, es porque sabe que, aun desde lejos, puede ha-

cer oír su *Quos ego*..... y llenar de espanto á sus amigos del Quirinal. Estos deberán continuar persiguiendo á la Iglesia por cuenta de Prusia, sin que Prusia se comprometa á protegerlos contra los ataques de fuera.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y media, misa conventual. Por la tarde, á las cuatro menos cuarto, Misa del Remedio con sermón que predicará el licenciado D. José Sanchis, canónigo doctoral. En Santa María, á las nueve, misa mayor. En la Virgen de Gracia, á las ocho, misa de renovación.

Martes.—En las Agustinas, á las ocho, misa de renovación.

Jueves.—En las Capuchinas, á las siete menos cuarto, misa de renovación, y por la tarde, á las cuatro, el Trisagio.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho, misa de renovación.

ADVERTENCIA.

Con el objeto de regularizar la administración, rogamos á nuestros abonados se sirvan enviar por medio de libranzas del giro mútuo las cantidades que adeudan por la suscripción á este periódico hasta fin Junio último.

Nuestros lectores comprenderán la necesidad que tenemos de hacer una liquidación general para evitar entorpecimientos en la gestión administrativa, pues de otro modo los graves perjuicios que se nos irrojan por la falta de pagos, nos imposibilitaría continuar la publicación.